

## 2° COLOQUIO INTERNACIONAL LA NOVELA CORTA EN MÉXICO 1922-2012

*Mesa 4. “La novela corta de la generación de medio siglo”  
Miércoles 14 de noviembre, 12:15 horas*

ATISBOS DEL PENSAMIENTO LITERARIO  
DE SALVADOR ELIZONDO

NORMA ANGÉLICA CUEVAS VELASCO  
Universidad Veracruzana

La complejidad del pensamiento literario de Salvador Elizondo reside no solamente en la amplitud de su obra, plena de ideas, de reflexiones eruditas, intensas y proteicas, sobre todo, por cuanto hace al desarrollo de diversos temas en torno a la idea de la *poiesis* con variadas formas en un tono que es, en apariencia, el mismo. No sólo esto, sino también, paradójicamente, por la notable presencia de una intención sobradamente expuesta aquí y allá, a veces explicitada y otras, lúdica e inteligentemente encubierta. Tal intención en la escritura de Salvador Elizondo es, para la mayoría de sus lectores críticos, mostrar el proceso creativo, describirlo y acentuar en ello la idea de que la búsqueda del ser de la escritura es continente del verdadero ser del artista; esta figura no tiene más modo de existencia que aquel que la obra misma va generando; el artista no existe antes ni después de la obra, sino justamente por ella y en ella. Podría decirse que esta idea no es de Elizondo sino de Martin Heidegger o, mejor, de la ontología; es verdad, pero el escritor mexicano muestra esa verdad de la mejor manera que sería posible hacerlo, según también el alemán: hablar de poesía en la poesía. Esto hace Elizondo, en cuya obra se halla, a un tiempo, la evocación y la invocación del artista; en

la escritura que se busca a sí misma está su plenitud y madurez, pero también su infancia.

No es fácil encontrar en la escritura de Elizondo ideas literarias fijas, no se dirige a la definición ni a la clasificación, constantemente se descubre en medio de una fuga no tanto temática, pues ya he recordado que su gran tema es la escritura y, debo agregar ahora, sus variaciones son de una originalidad deslumbrante: espejos, máquinas, laberintos, cuadernos, cuerpos, imágenes fijas o en movimiento, etcétera. La fuga es formal, sobre todo formal. Visto así, pareciera que poco o casi nada podría Elizondo abonar en esta discusión sobre la novela corta. Por fortuna sabemos bien que no es el autor el único que tiene voz, la obra habla, aun en el silencio o en el borramiento de las fronteras discursivas. He aquí el espíritu plenamente moderno de Elizondo; he aquí también la figuración de un autor clásico. El arco temporal es de una amplitud que encuentra correspondencia en la profundidad que alcanza el decantamiento de una obra abierta a los experimentos escriturales. Para Salvador Elizondo los géneros no son formas que existan de antemano, es la escritura, el lenguaje quien los revela. Así, la importancia artística o, si se quiere, el aporte estético de *Elsinore* no radica en ser una novela corta que metaforiza el contagio lingüístico del español americano con el inglés estadounidense o en el hecho de configurar una narración autobiográfica que va y viene del diario a la memoria; la atracción está en el abismo que se crea con todo esto: la escritura, el único medio que le permite a él y a su figuración reconstruir la infancia y la adolescencia que nos es contada de manera amena, fluida, nostálgica.

Para Elizondo del artificio de la escritura se manifiesta en el rompimiento del canon que ciñe a los géneros literarios dando paso a un discurso que es copartícipe del ensayo, de la prosa o de la lírica; no hay distingos entre el lenguaje de ficción y el lenguaje de reflexión. Es la literatura que mantiene una tensión entre obra de ficción

literaria y filosofía, que no tiene centro fijo, que va errante en busca de su propio movimiento. Escribir es destruir, es acabar con la idea de escribir para comenzar a escribir.

La mirada proyecta sobre la hoja virgen del cuaderno en blanco una serie de imágenes que la mano, si acaso, logra traducir a garabatos. Entre la isla desierta y la mano está sucediendo el proceso de escritura de una novela, de una novela corta, de un cuento, de un poema, de un ensayo. Todo junto. La mente amalgama las imágenes en sucesión; la retina las fija para que sobre la página sea dibujado su contorno; se construye así un juego figurativo que hay que desmontar en el decurso de la lectura. No se percibe la unidad.

No es una simple cuestión de trazar. Para conceder una realidad escrita tanto a las imágenes mentales como a toda una teoría de la escritura hay que conseguir la forma propicia. Según el punto de vista de Elizondo, esa forma debe ser literaria, figurativa, compuesta de imágenes en un juego de evocaciones.

La escritura de Elizondo no encierra una obsesión por contar, la trama se diluye; es más importante su proyecto sobre la construcción literaria, ese proyecto que sólo es posible en los límites sin límite de la hoja en blanco. Engarzado con imágenes, el relato en curso es, al mismo tiempo, una reflexión sobre el propio relato, una escritura sobre la literatura. La acción, por supuesto, se detiene pero el proyecto continúa. No hay obra, sino sobra, dijo Blanchot; no hay error, sino el constante error.

Mente, mano, página. Aquí sucede todo: se trazan y se tienden líneas; se concibe y dibuja un personaje; surgen las inevitables relaciones textuales con otros personajes, con otras historias. Sería inútil rechazarlas, es mejor regresar a las convenciones, aceptar el lugar común para reescribirlo, agotarlo, anularlo de una vez. Ir en busca de la nada: se trata de escribir un libro sobre los renglones borrados de otro. Así escribe

Maurice Blanchot en *El libro por venir*: La novela no debiera pretender nada ni conducir a nada [...] su canto profundo es el entretenimiento. Cambiar de rumbo incesantemente. Ir como a ciegas para huir de toda finalidad, por un momento de quietud que se transforma en distracción feliz. (p. 48)

*Elsinore* podría leerse como el espacio en el que su autor regresa a las convenciones literarias para destruirlas y, en la escritura, reconstruirlas nuevamente. Los lugares comunes de la literatura son artificialmente puestos en juego; ya no sólo se crea un personaje y se definen sus acciones, también se cuestionan los procedimientos con que se logra configurar el texto. Del relato a la reflexión literaria es un paseo de ida y vuelta por los mundos narrativos y reflexivos de Elizondo, paseo en el cual la existencia de los lectores ha sido formidable conjetura.

En *Elsinore*, la idea del cuaderno remite a la posibilidad del ensayo y el error; la posibilidad de sumar y eliminar lo escrito. Es un escenario de la intimidad que precede al libro en su dimensión pública y de reconocimiento. El cuaderno es lo íntimo, lo inmediato, lo que guarda su estatuto de apunte. Una unidad fragmentaria como la memoria. Constituye una clave de la novela corta: una historia en estado intermedio, un cortometraje, un relato que no llega a ser totalizante. *Elsinore* es el cuaderno, el diario que comienza a escribirse en 1945, que persiste en la memoria y se prolonga por más de treinta años en una suerte de ejercicios lingüísticos de imágenes literarias y sentidos simultáneos y opuestos: la vigilia y el sueño, la memoria y el olvido, la palabra y el silencio, la realidad y la ficción “lo familiar y lo desconocido”. *Elsinore* afirma la realidad de la literatura a partir del acto de ficcionalizar la vida, eleva la vida al espacio de la obra y hace de ésta arte y literatura. La literatura se convierte así en otra forma de consumación de la vida.

La condena del escriba, del “llenador de cuadernos” y sobre todo, del grafógrafo, que escribe y se ve escribir, se traslada a *Elsinore* para lograr, por fin, concluir: “Era yo muy feliz entonces. Ahora me parece un sueño agotado, igual que la memoria, la escritura, la inspiración, la tinta y el cuaderno” (82). *Elsinore* es la escritura del sueño, del sueño de la vida, de la vida que es un sueño. Sueño inagotable dentro de otro sueño.